

La difícil bandera

Un espectador desapasionado y neutral de las cosas que están pasando en esta España postfranquista, predemocrática y balbuciente, se sentirá, con seguridad, desconcertado. ¿O no? ¿O lo desconcertante es que hayan podido pasar estos últimos cuarenta años? Dejemos elucubraciones que no son de este lugar y momento y vayamos al tema del comentario.

Una de las facetas más interesantes del espectáculo es la aparición, al cabo del tiempo, de las banderas de los distintos pueblos españoles. Banderas reivindicativas, de combate, de identificación colectiva, como fueron en sus orígenes estos símbolos.

Sorprende la larga pugna, irresuelta todavía cuando escribimos estas líneas, sobre la ikurriña vasca, mientras otros símbolos similares —en Cataluña, en Valencia— consiguen ya los honores oficiales y mientras en zonas tan inesperadas como Andalucía aparece también con fuerza, el paño verde que, como aprendimos en la escuela, es algo más que una simple tela con un dibujito al centro.

En este flamear alegre de banderas al viento, una más, la última, ha venido a incorporarse a la nueva fisonomía de España: el pendón morado de Castilla, alzado —y ya es símbolo— en medio de Burgos, levantado sobre la misma estatua del Cid. Era el final de un acto organizado por Alianza Regional de Castilla y León, cuando el mes de enero llegaba a su mitad.

¿Y bien? La pregunta es obvia y se deduce por sí misma: ¿dónde está nuestra bandera, la de La Mancha o la de Castilla la Nueva?

Es desesperante la apatía de las fuerzas políticas, la mayoría en formación todavía, como es sabido. Viene siendo ya un latiguillo de esta Revista, al que no parece que se posible ponerle pronto punto final, pero estamos en condiciones de asegurar que se va

a cumplir nuestra profecía de la primera hora: se organizarán todas las regiones, conseguirán sus autonomías más o menos reales y, con lo que quede al final harán un conglomerado sucursalista de Madrid. Porque lo que va a quedar será, precisamente, media docena de provincias incapaces de poner en marcha algo que se parezca a un conjunto regional.

Quizá —sólo quizá— la ba-

se de todo esté en esa falta de bandera, en la ausencia de un símbolo común que nos aglutine y nos haga sentirnos unidos, por encima de las tan cacareadas diferencias provinciales, que no son mayores ni menores que las que hay en las demás regiones.

Pero las banderas no se pueden inventar. ¿Hay que inventar la nuestra o quizá existe ya y no lo sabemos porque no la vemos? ●

Esta tierra es mía

Ocurrió cuando el último número de nuestra Revista ya estaba en la imprenta, sin tiempo para recoger la anécdota porque, en definitiva, como algo anecdótico hay que considerarlo y así lo citamos, sin más trascendencia.

Es el caso que Luis Mombiedro organizó una asamblea agraria en su tierra natal, que es ésta. Todo un cine, el Avenida, para acoger a unos cientos de campesinos desplazados desde todos los puntos de la provincia. La problemática del campo no necesita muchas vueltas: ahí está, cada día más compleja y sin que

por ningún sitio aparezca algo parecido a planificación, reforma o perspectivas mejores.

Y el presidente de la Hermandad, lanzado, dijo todo lo que se puede decir, que no es poco. Lo malo es que los tiempos cambian y la gente ya no está por oír discursos y callar. La contestación se extiende ya hasta a los campesinos, que es el grupo laboral más sufrido del país, sin duda alguna. Y se levantó la voz: "¿Qué ha hecho la Hermandad en todo este tiempo?", pregunta que, por cierto, se hace mucha gente. A la voz se unieron otras, formando apretado coro. Y el



LO QUE HAY QUE OIR...

presidente, que seguramente no esperaba tal reacción, tomó por el lado sensible: "Soy en mi propia tierra me dice esto, me voy ahora mismo".

Hubo aún voces malévolas que dijeron "Si, si; dimíte" pero, a la larga, venció el sector de los amigos, que contraatacaron con gritos contrarios. El presidente se quedó, en la sala y en el cargo.

Y es que está visto que uno nunca es profeta en su tierra.

La guerra ha terminado



AL FIN, LA PAZ

El 18 de enero, el Ayuntamiento de Cuenca puso fin a la guerra civil española, un conflicto que por estas tierras tuvo sus peculiares matices, lo mismo que también ha sido un tanto sui géneris lo que ha venido luego, porque ya se sabe que en los pueblos y ciudades pequeñas las cosas van de otro modo y se sabe también que las rencillas familiares son las peores.

Pero ese día, en la sesión del pleno municipal, el Ayun-